

RECEPCIÓN

Adolfo Sotelo Vázquez
*El pensamiento y la obra de Menéndez Pelayo:
acción y dique en la dictadura de Franco (1939-1952)*
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. LXXXVIII, N° 1, 2012, 427-448

EL PENSAMIENTO Y LA OBRA DE MENÉNDEZ PELAYO: ACCIÓN Y DIQUE EN LA DICTADURA DE FRANCO (1939-1952)

*“Un pueblo nuevo puede improvisarlo todo,
menos la cultura intelectual”*
(Marcelino Menéndez Pelayo, 1894)

*“Había, en fin, hombres universales, como Menéndez Pelayo,
no afecto a escuela ni tendencia alguna fuera de su
integral catolicismo; aunque, por su misma universalidad,
profundamente español. Porque se da la paradoja, entonces
y siempre, de que los hombres en verdad universales son los más
radicalmente castizos [...] Para llegar a todas partes no hay camino
más seguro que el de la estricta nacionalidad. Este era el caso de don Marcelino”*
(Gregorio Marañón, 1943)

*“Por esta su universalidad volvemos los ojos a Menéndez Pelayo cuantos
sentimos la necesidad y la urgencia de la instauración de nuevo
estilo en nuestra política [...] De la campaña que para las mentes
más esclarecidas y los corazones más generosos este esfuerzo de hoy
puede traer invitación, el nombre de Menéndez Pelayo es y será siempre el más
adecuado símbolo. El tradicionalismo, nadie lo ignora, constituyó el sentido
fundamental de la obra como de la vida, del autor de La Ciencia Española.
Conviene con todo, recoger y consignar cuál fue la matización especial
de ese tradicionalismo; nunca superficial, nunca pintoresco, nunca
casticista ni anacrónico; atento a los valores universales de España,
no a sus singularidades de carácter; buscando heroicamente aquello
que exalta en nosotros la unidad y la intervención en la tarea ecuménica
de la cultura, en la aristocracia de la europeidad”*
(Eugenio d’Ors, 1945)

I

Mi relato, el relato que quiero desgranar ante mis posibles lectores, debe comenzar el 30 de enero de 1938 cuando el general Franco constituye su primer gobierno. Ocupa el Ministerio de Instrucción Pública, marbete heredado que pronto dejó paso al más transparente de las coordenadas políticas en las que se mal habitaba, de Ministerio de Educación Nacional, Pedro Sainz Rodríguez. Poco después, el 19 de mayo de 1938, un decreto firmado por el ministro encarga al Instituto de España los quehaceres de una *Edición Nacional de las Obras Completas de Menéndez Pelayo*. La tarea andaba más que bosquejada cuando Sainz Rodríguez cesa como ministro (el mismo mes en que finaliza la guerra civil), y será a partir de 1940, cuando desde la plataforma del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (recreado en noviembre de 1939) empezaron a ver la luz los 65 tomos de la *Edición Nacional*, que se prolongó hasta 1959. El primer volumen de las *Obras Completas*, que contenía el primer tomo de la *Historia de las ideas estéticas en España*, llevaba un “Prólogo” del ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, quien ocupó el cargo (1940-1951) en la mayor parte de los años de la historia del presente relato.

No cabe echar en saco roto que el nuevo CSIC se propuso nada menos –estoy citando a Santos Juliá, quien amalgama documentación de la época– “que ‘la restauración de la clásica y cristiana unidad de las ciencias, destruida en el siglo XVIII’, y recibió todas las bendiciones apostólicas, porque con tan benemérita institución quedaría contrarrestado ‘el pernicioso influjo desgraciadamente producido en el campo del saber español por los sembradores de la mala semilla’ y eliminados definitivamente los restos de un pasado cuya lejanía, recomendaba Pío XII”¹.

No obstante, volvamos al proyecto de las *Obras Completas* como hito de autoridad intelectual del nuevo Estado. El proyecto venía fraguándose antes de la guerra en los aires de *Acción Española* (los aires de Sainz Rodríguez, Vegas Latapie, Jorge Vigón, etc.). Sainz Rodríguez, quien en el Discurso inaugural del curso académico 1924-1925 en la Universidad de Madrid, “La evolución de las ideas sobre la decadencia española” (Madrid, Atlántida, 1924) reconocía la “labor gigantesca” de Menéndez Pelayo, acentuaría su pasión por el maestro decimonónico en las páginas de *Acción Española*, donde en 1932 escribe:

¹ Santos Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 305.

“Tenemos que reconstruir aquel plano maravilloso de nuestra patria que llevaba Menéndez Pelayo en su cerebro. Y esta labor la tenemos que ejecutar con amor y simpatía para edificar el porvenir en la reconstrucción del pasado”².

Los años transcurridos entre la Dictadura de Primo de Rivera y los primeros compases de la II República habían depurado los reparos y reticencias que Sainz Rodríguez oponía a la grandeza fulgurante del pensamiento histórico de Menéndez Pelayo. Ahora, 1932, el porvenir nacía de la reconstrucción del pasado.

En esta órbita nace la Edición Nacional. Y nace desde las coordenadas del pensamiento de un intelectual católico y monárquico, Sainz Rodríguez, que estaba convencido a la altura de 1939 que Franco era un poder interino y que los valores monárquicos se abrirían paso a la sombra del grupo de generales golpistas y monárquicos. La confusión del tiempo histórico no impidió, sin embargo, la aventura de la *Opera Omnia* de Menéndez Pelayo.

Años después, y al menos en dos ocasiones, Sainz Rodríguez mencionó aquella empresa. Interesa recordar las confesiones del “productor” de la *Edición Nacional*. En la conferencia pronunciada en la Fundación Universitaria Española el 2 de noviembre de 1972 –con el franquismo transido de melancolía– se refiere a que el pensamiento de don Marcelino había sido objeto de captación en el alba de la dictadura, añadiendo:

“...yo soy un culpable en este terreno. Cuando fue ministro, percibía yo aquel alzamiento nuestro tenía que dar como resultado un Movimiento Nacionalista; así lo reconocía toda Europa. Cuando se hablaba del Gobierno de Burgos y de los sublevados contra la República, se les llamaba los Nacionales; quiere decirse que había algo de nacionalismo en ese movimiento. Entonces me entró el temor de que ese ímpetu nacionalista que había ido a desembocar nada menos que en una guerra civil, cuando tuviese que estructurarse intelectualmente cayese en el mimetismo de las formas extranjeras en vez de buscar sus raíces nacionales procurando en ellas una filosofía del nacionalismo que no significase aislamiento y que nunca fuese antieuropea. Por eso hice la edición nacional”³.

² Cito por Rafael Calvo Serer, *Teoría de la Restauración*, Madrid, Rialp, 1952, p. 203.

³ Pedro Sainz Rodríguez, *Estudios sobre Menéndez Pelayo* (Introducción de José Luis Varela), Madrid, Espasa Calpe (Austral), 1984, p. 35.

Diez años después, 1982, Sainz Rodríguez, que sigue siendo director de la FUE, firma la “Advertencia preliminar” al primer tomo de la magna edición del *Epistolario* de Menéndez Pelayo que empieza a publicar la FUE. Recuerda ahí la formación del Instituto de España para organizar la alta investigación y la cultura superior al margen de todas las camarillas y de cualquier sectarismo (¿eran una camarilla Laín, Ridruejo, Tovar, Torrente Ballester? Y no es retórica la pregunta). Y sostiene:

“Siguiendo este criterio decreté la publicación de las Obras de Menéndez Pelayo por el Instituto de España en Edición Nacional. Creo que, por un lado, hice un bien a su memoria y a la cultura española pero, por otro, le rendí un mal servicio: muchos le combatieron sin conocerle, porque le consideraron banderín político. Al separarme radicalmente de las políticas del Alzamiento y del Gobierno dictatorial, en varias ocasiones he reivindicado la figura del gran polígrafo contra esa postura exagerada y tendenciosa que se le dio de un lado, provocando una reacción injusta en el otro. Dejo clara mi intención cuando escribo en mi libro *Testimonio y Recuerdos*: ‘yo me apoyé en la obra del glorioso santanderino para que el nacionalismo inevitable que iba a surgir como resultado de la guerra civil fuese un nacionalismo amplio, abierto, el que se deduce de la obra total de Menéndez Pelayo y que, con tanta claridad, habían defendido Marañón y Eugenio d’Ors’”⁴.

1940 y la puesta en marcha de las *Obras Completas* suponen el comienzo del auge sostenido a lo largo de la década de Menéndez Pelayo. Al margen de la segunda edición (Zaragoza, 1939) del notable libro de Miguel Artigas y de las sucesivas ediciones (la tercera, en Valladolid, Cultura Española, 1938) de la *Historia de España*, seleccionada en la obra del maestro por Jorge Vigón, durante la década se suceden estudios, antologías y epistolarios alrededor de Menéndez Pelayo.

Antes de relacionar los libros más importantes (entrar en el detalle de artículos, conferencias, comentarios breves, etc., requeriría una muy útil y oportuna tesis doctoral), les pido la venia para consignar que la selección de Vigón representa, según pluma tan autorizada e interesada como la de Florentino Pérez-Embid, “el núcleo de la revalorización de las ideas de don Marcelino, lograda por *Acción Española*”⁵. No debe sosla-

⁴ Pedro Sainz Rodríguez, “Advertencia preliminar” a Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*, I, Madrid, FUE, 1982, p. VII.

⁵ Florentino Pérez-Embid, “Estudio preliminar” a Marcelino Menéndez Pelayo, *Textos sobre España*, Madrid, Rialp, 1962, p. 152.

yarse que el movimiento cultural de *Acción Española* –así lo denomina en 1948 Calvo Serer– quiso ser dique y freno, contracorriente de los intentos más serios y fecundos de modernización de España, el que pivota alrededor de don Francisco Giner de los Ríos y del que es faro y sol, don José Ortega y Gasset⁶.

II

Entre 1941 y 1952 se publican las siguientes obras de referencia para el análisis, la restitución y el rescate de Menéndez Pelayo. Dejo al lado multitud de noticias menudas, que cabrían casi todas en lo que Torrente Ballester expresó en 1976 con evidente sorna gallega: “la falsificación, incluso biográfica, de algunas figuras ‘recuperables’ (de Menéndez Pelayo, por ejemplo, se exaltó su etapa integrista con olvido de la liberal, posterior, y en cuanto su afición a la bebida, se aseguró a toda plana de un periódico que no tomaba más que café)”⁷.

I. Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés, *Epistolario a Clarín*, prólogo y notas de Adolfo Alas, Madrid, Escorial, 1941. Aunque sólo se recogen dos cartas de don Marcelino, el tomo sirve de proemio para el libro al que de inmediato me referiré. Como botón de muestra de la voluntad del hijo de Clarín, cito el lema del libro:

“A la gloriosa memoria del ilustre y genial polígrafo D. Marcelino Menéndez Pelayo –tan cordialmente unido a ‘Clarín’ por vínculos afectivos y de mutua estimación intelectual–, que con su excelsa pluma abrió el firme, recto y claro camino orientado hacia el destino universal de que nos habló José Antonio (¡presente!) y emprendido, con paso decidido y sereno, por la nueva España que acaudilla nuestro invicto Generalísimo Franco”⁸.

Que como ven no desmerecen en nada de una de las reflexiones que Adolfo Alas firma en Somió (Gijón) en noviembre de 1938 (III Año

⁶ Cf. “Después de los intentos institucionales de *modernizar* a España hechos a partir de la Restauración –Giner de los Ríos y Ortega- Maeztu emprende desde *Acción Española* el movimiento contracorriente.” (Rafael Calvo Serer, *España, sin problema*, Madrid, Rialp, 1949, p. 105).

⁷ Gonzalo Torrente Ballester, “Escorial en el recuerdo”, *Dionisio Ridruejo de la Falange a la oposición*, Madrid, Taurus, 1976, p. 68.

⁸ Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés, *Epistolario a Clarín*, p. 7.

Triunfal): “Y es que ‘Clarín’, como lo demuestran sus obras, en lo esencial de las cuestiones de moral y cultura, que son las básicas, las fundamentales de la verdadera civilización cristiana, coincidía plenamente con quien debemos considerar y honrar como la figura más gloriosa y representativa de la nueva España: con D. Marcelino Menéndez y Pelayo”⁹.

II. Marcelino Menéndez Pelayo, Leopoldo Alas (Clarín), *Epistolario*, prólogo de Gregorio Marañón y notas de Adolfo Alas, Madrid, Escorial, 1943. Reúne 50 cartas cursadas entre dos de las grandes figuras intelectuales de la Restauración, además de una selección de las páginas críticas que el autor de *La Regenta* dedicó a don Marcelino.

III. Pedro Laín Entralgo, *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, Madrid, Editora Nacional, 1943. El libro tiene mucha envidia y pertenece a la misma cronología que *Los valores morales del Nacionalindicalismo* (1941)¹⁰. Ciertamente que no hay conformismo ni adulación, pero la lectura de los capítulos que componen ambos libros está lejos de ser –como quería del propio Laín en *Descargo de conciencia* (1976)– “un canto de cisne de la pasión española que cinco años antes había suscitado en mí, recién llegado a la Pamplona de la guerra, la lectura de los discursos de José Antonio”¹¹. *Sobre la cultura española*, escrito entre el verano del 40 y enero del 42 (una parte sustancial responde a las conferencias que dictó en el Palacio de la Magdalena en agosto del 40, con motivo del I Albergue Nacional del SEU) es un borrador y a la vez un pórtico a un proyecto, a unos cuadernos en marcha, de adentrarse en la cultura española desde la polémica decimonónica de la ciencia española hasta el mundo de Ortega y Gasset. Capítulo central de la obra en marcha es la figura de Menéndez Pelayo:

“Seguiré a este cuaderno un capítulo sobre Menéndez Pelayo. Aspiro en él a dar una imagen limpia, clara y amorosa del gran historiador, tan maltratado por turbios entusiasmos como por helados desvíos. Nada dolerá tanto a su alma, allá en su segura gloria –la cual, en su caso, no

⁹ *Ibidem*, pp. 10-11.

¹⁰ Con posterioridad a la redacción del presente trabajo he podido leer la Tesis Doctoral de Antoni Raja i Vich, *El problema de España bajo el primer franquismo, 1936-1956. El debate entre Pedro Laín Entralgo y Rafael Calvo Serer* (Barcelona, UPF, 2010).

¹¹ Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral, 1976, p. 309.

sería nunca completa sin el consabido agujero para ver constantemente a España, a su España— como saberse invocado y aun esgrimido por los que no supieron entenderle”¹².

Nótese que este pórtico tiene un subtítulo deliberado, *Confesiones de este tiempo*, que el joven Laín explica con transparencia en el prólogo: “son confesiones propias, pero, como dije, aspiran a serlo de una generación”¹³. Meditaciones, confesiones, que quieren acercarse a la comprensión del problema cultural de su generación, desde una obediencia, desde una disciplina. Lo dejó testificado el propio Laín:

“Aspiro simplemente a que la crítica sea transparente, fundada, amorosa e implacable. Los falangistas dirán luego si he acertado a exponer el sentir implícito de mi generación”¹⁴.

IV. Pedro Laín Entralgo, *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales* (segunda entrega de la serie *Sobre la cultura española*), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944. Escrito a lo largo de 1943, revisado por el censor Andrés de Lucas, el mismo censor eclesiástico que varó *La colmena* en 1946. La investigación y la recuperación menendez-pelayesca están circunscritas a tres temas según asevera el autor en el prólogo firmado en enero del 44:

“La posición íntima de don Marcelino ante los problemas que le fue deparando su triple y esencial calidad de intelectual católico, español e historiador”¹⁵.

El libro de Laín, que sería tachado por Pérez-Embid (1954) con tintes negativos de “a veces demasiado subjetivo”, tiene, a mi entender, en esa subjetividad un mérito esencial, que Laín intentó en su planteamiento, de clara estirpe unamuniana (digámoslo de pasada):

“Si el curioso lector de estas páginas tiene a ratos la impresión de dialogar con una persona viva y de entender lo que ella le va diciendo, me doy por satisfecho y hasta por contento”¹⁶.

¹² Pedro Laín Entralgo, *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, p. 15.

¹³ *Ibidem*, p. 16.

¹⁴ *Ibidem*, p. 15.

¹⁵ Pedro Laín Entralgo, *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*, p. 10.

¹⁶ *Ibidem*, p. 10.

Idéntica finalidad buscará unos años después la densa y rigurosa antología de Antonio Tovar. Quede ahora sólo constatado. La sombra de los ensayos *En torno al casticismo* (1895-1902) es alargada, aunque es harina de otro costal.

V. Dolores Franco, *La preocupación de España en su literatura*, prólogo de Azorín, Madrid, Editorial Adán, 1944. Se trata de un libro inteligente ya en la primera edición. La entusiasta alumna de Ortega y compañera de Julián Marías ofrece una antología de textos vivos, lectores de la coyuntura en la que se publican. Menéndez Pelayo, quien no ocuparía lugar alguno en *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)* de Ángel del Río y M.J. Benardete (Buenos Aires, Losada, 1946) tiene en la selección de Dolores Franco un lugar destacado. Los textos de don Marcelino van acompañados de los de Valera, Galdós, Pardo Bazán y Joaquín Costa en el capítulo “El realismo en busca del tiempo perdido”, marbete de resonancias explícitas. Las reflexiones de Menéndez Pelayo se presentan en el debate con el krausismo y apelan a la justificación de la historia de España, en la calma y en la zozobra. Dolores Franco reconoce la parcialidad del combate del santanderino e incluso su actitud a la defensiva. Y, no obstante:

“Con esta preocupación a la defensiva aborda la reconstrucción de nuestra cultura y la interpretación de nuestra historia, hechas desde su ideología católica, conservadora, amante de la tradición. Su preocupado pensamiento se volcará en afán de justificación y en oposición combativa al de los pesimistas, melancólicos o reformistas”¹⁷.

El gran brío de las argumentaciones de Menéndez Pelayo en un excelente abanico de textos no paso desapercibida para lectores atentos como Menéndez Pidal, Gregorio Marañón o Dámaso Alonso.

VI. *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, introducción de Miguel Artigas y Pedro Sainz Rodríguez, Madrid, Espasa Calpe, 1946. Comprende 435 cartas y es un trabajo de excelencia, al que quien les habla le guarda un cariño muy sentido. Y, no obstante, tengo que subrayar que los editores escogen para dar imagen en la “Introducción” del tradicionalismo de horizontes abiertos de Menéndez Pelayo un frag-

¹⁷ Cito por Dolores Franco, *España como preocupación*, Madrid, Alianza, 1998, p.227.

mento de una de sus cartas, la fechada el 2 de setiembre de 1896, donde le comenta la carta-prólogo que Valera antepuso a la *Pepita Jiménez* norteamericana, y en la que don Marcelino arremete contra la escuela krausista. 1946 era fecha oportuna para enfatizarla:

“Y el tradicionalismo de Menéndez Pelayo, ¡que lejos estaba de lo que muchos pudieron y aun pueden imaginar! Nadie más curioso y atento al movimiento de las ideas. Afirmados los pies en principios de roca y puestos los ojos en un alto ideal histórico y reconstructivo, siente gran deleite cuando su cabeza fuerte y levantada recibe el beso tonificador de todas las brisas de la cultura, las más fuertes sacudidas de los vendavales del pensamiento.

Medítese un poco este párrafo de una de sus cartas:

“Todo me parece bien en la carta-prólogo, excepto el bombo a los krausistas, que, personalmente considerados, valen más como hombres que como pensadores, y que considerados como escuela, si es verdad que tienen el mérito de haber despertado el pensamiento filosófico que había caído aquí en una especie de letargo desde principios del siglo, también lo es que por su dogmatismo cerrado y pedantesco, por su intransigencia de secta y por lo mezquino de su horizonte intelectual, fueron una grandísima rémora para el progreso intelectual de España, incomunicándonos con todo sistema o corriente de ideas que no fuese la suya. Yo no los detesto por librepensadores, puesto que hay muchos pensadores libres que por la grandeza de su esfuerzo intelectual me son simpáticos. Los detesto *porque no pensaron libremente*”¹⁸.

VII. Marcelino Menéndez Pelayo, *La conciencia española*, recopilación de Antonio Tovar, Madrid, Epesa, 1948. El denso tomo de cerca de 500 páginas, de las que el “Prólogo”, fechado en Salamanca, 1944-1947, ocupa 50, se editó en la “Colección de Ciencias Políticas”, que dirigía Alfredo Sánchez Bella. Es un libro fundamental, que aspira a “dar la imagen más fiel posible” de don Marcelino. Antonio Tovar rechaza presentar un esquemático ideario, y, en cambio, se sumerge en el cauce vital e intelectual del santanderino para acercar al lector a la “trama vital de donde brotan los pensamientos del autor”. El ademán de Tovar es diáfano desde la primera página: quiere una imagen de don Marcelino “viva y parlante”:

¹⁸ *Epistolario de Valera y Menéndez Pelayo, 1877-1905*, p. 11.

“pues con esto no se nos convierte el maestro en mármol muerto, sino que manifiesta su calor vital. En vez de un mito hemos buscado en este libro a un hombre”¹⁹.

El quehacer de Tovar fue laborioso, exigente y meditado. En una carta dirigida a Dionisio Ridruejo de 25 de agosto de 1943, editada por el profesor Gracia, le escribe:

“He pasado un verano excelente, y he trabajado muy bien. Tengo mediada una antología de don Marcelino que será divertida. Le voy a poner mucho comentario, de forma que sea más estudio que colección de textos, porque esto es la fórmula más cómoda, y con Menéndez Pelayo ya gastada”²⁰.

Comenzaba una tarea que cristalizó cuatro años después, descubriendo el error que comete el profesor Gracia cuando anota: “Sospecho que no llegó nunca a aparecer esa antología, aunque sí había publicado una de Donoso Cortes, en el sello falangista FE, en 1942”²¹. No salgo de mi asombro cuando quien pasa por ser uno de los mejores conocedores del período comete tal desliz, que lleva aparejados otros de cierta entidad. Baste con consignar que el capítulo central de *España, sin problema* (Madrid, Rialp, 1949) es un “ensayo concebido como comentario al libro de Antonio Tovar sobre Menéndez Pelayo, y se publicó con tal carácter, también con el título “España, sin problema”, en la revista *Arbor* correspondiente a los números de setiembre y octubre de 1949”²².

Cabe añadir en esta mínima ficha del libro que Tovar dejaba patente su deuda con “el libro de mi querido camarada y amigo Pedro Laín”²³, para lograr que Menéndez Pelayo sea un catalizador activo, despertando “en lo posible la adormecida y discontinua conciencia histórica de nuestro pueblo”²⁴. A esta luz no cabe duda: la Falange más ortodoxa, la más activa, la que tenía más influencia, apostaba por Menéndez Pelayo.

¹⁹ Marcelino Menéndez Pelayo, *La conciencia española*, p. XI.

²⁰ Jordi Gracia (ed.), *El valor de la disidencia. Epistolario inédito de Dionisio Ridruejo, 1933-1975*, Barcelona, Planeta, 2007, p. 122.

²¹ *Ibidem*, p. 548.

²² Rafael Calvo Serer, *España, sin problema*, Madrid, Rialp, 1949, p. 110.

²³ Marcelino Menéndez Pelayo, *La conciencia española*, p. XVII.

²⁴ *Ibidem*, p. LIX.

VIII. Pedro Laín Entralgo, *España como problema*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1949. El librito –suma de cuatro conferencias alrededor la crisis de España– en lo que atañe a Menéndez Pelayo, es una síntesis de lo que ya había escrito y publicado, si bien en lo que respecta a la cultura española completa sumariamente el panorama esbozado en 1943, que desde 1945, fecha de la publicación de la unidad titulada *La generación del 98* (Madrid, Diana), precedida de una “Epístola a Dionisio Ridruejo” era una aventura varada, tal y como explica dicha “Epístola”. Laín se refirió a su breve libro y a la aparente polémica con Calvo Serer. Naturalmente voy a invocar *Descargo de conciencia*:

“Publicado en 1948 por el Instituto de Cultura Hispánica, tal puñadito de ensayos corrió por las librerías bajo el nombre de *España como problema*; epígrafe lo suficientemente llamativo para que Rafael Calvo Serer, entonces en pleno disfrute de los favores del franquismo, a través de Ibáñez Martín y del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sacase de él, por cómoda antífrasis, su *España sin problema*. Algunos han hablado luego de una polémica entre Calvo Serer y yo, en torno a la cuestión que ambos títulos plantean. Nada más lejos de la verdad”²⁵.

Laín, en esta ocasión, recuerda con fidelidad. Un excelente estudio del profesor Díaz Hernández, *Rafael Calvo Serer y el grupo “Arbor”*, publicado por la Universitat de València en 2008 examina con rigor la cuestión. La síntesis sumatoria –perdonen el término– de Laín fue reseñada en *Arbor* por Pérez-Embid, quien de modo anfibio “alabó el esfuerzo intelectual de Laín y, al mismo tiempo, escribió su epitafio al sostener que sus ideas no podían influir en una nueva generación española”²⁶. Nueva generación que para bien o para mal de las mixtificaciones históricas había de ser bautizada por Jaime Vicens Vives desde las páginas del semanario *Destino* (28-V-1949), reseñando el libro de Vicente Palacio Atard, *Derrota, agotamiento y decadencia en la España del siglo XVII*:

“Palacio Atard es joven, de una juventud que ha dejado de ser prometedora para convertirse en la fecunda realidad de su magisterio en la Universidad de Valladolid. Podríamos decir que pertenece a la generación del 1948, la del centenario de la Paz de Westfalia y de la revolución de-

²⁵ Pedro Laín Entralgo, *Descargo de conciencia (1930-1960)*, pp. 356-357.

²⁶ Onésimo Díaz Hernández, *Rafael Calvo Serer y el grupo “Arbor”*, València, PUV, 2008, p. 231.

mocrática de 1848, los dos polos entre los que se mueve la ideología de la Edad Moderna”²⁷.

Meses después el influyente catedrático catalán desde las páginas del mismo semanario (19-XI-1949) caracterizaba “La generación de 1948”. Dicha generación, a su juicio, apenas tenía que ver con el ideario falangista y propugnaba otros objetivos que no es oportuno desglosar en este momento, si bien debo constatar que “la generación del 48 no puede desaprovechar la gran oportunidad histórica que ofrecerá a su patria”²⁸.

IX. Rafael Calvo Serer, *España, sin problema*, Madrid, Rialp, 1949. El libro ve la luz en la interesante “Biblioteca Pensamiento Actual” y recoge trabajos que habían visto la luz entre el 47 y el 49. Aunque en el prólogo se menciona el libro de Laín, la obra de Calvo Serer olvida aparentemente *España como problema* y dedica un capítulo esencial a analizar y discutir las tesis de Antonio Tovar. Y digo aparentemente porque sus reflexiones quieren ser una superación del problema de España, tal y como lo formulaba Laín: la colisión entre la hispanidad tradicional y la modernidad europea. La superación que propone Calvo Serer es la siguiente:

“En la labor intelectual de Menéndez Pelayo, y en la reconstrucción que él hizo de la conciencia española, siguiendo la línea de pensamiento contrarrevolucionario, están las bases firmes para la única solución valde-dera de tan fundamental disyuntiva”²⁹.

Superación que se perfila en tiempo y espacio en las páginas dedicadas al libro de Antonio Tovar, en las que sostiene que una nueva generación debía potenciar la conciencia española desde la base de la concepción de la historia fragua por Menéndez Pelayo:

“[Menéndez Pelayo] hizo la primera parte –rescatar la tradición– y nosotros tenemos que continuar. Por eso decimos que él nos dio la

²⁷ Jaume Vicens Vives, *Obra dispersa. España, América, Europa* (eds. M. Batllori / E. Giralt), Barcelona, Vicens Vives, 1967, p. 174. En 1958, el profesor Vicens sugería que el pensamiento del libro de Palacio Atard “nos parece un eco de algunos párrafos de Menéndez Pelayo.” (*Obra dispersa. España, América, Europa*, p. 104).

²⁸ *Ibidem*, p. 180. Debe consultarse el excelente libro de Cristina Gatell & Glòria Soler, *Amb el corrent de proa. Les vides polítiques de Jaume Vicens Vives*, Barcelona, Quaderns Crema, 2012, pp. 166-172.

²⁹ Rafael Calvo Serer, *España, sin problema*, p. 10.

España sin problema, para que a nosotros nos sea posible enfrentarnos con los problemas de España”³⁰.

X. *Rafael Calvo Serer, Teoría de la Restauración*, Madrid, Rialp, 1952. Obra complementaria de la anterior. Partiendo de la base de que “el 18 de julio es el comienzo de un nuevo ciclo histórico”³¹, Calvo Serer convierte la concepción española de Menéndez Pelayo en el motor que preparó el 18 de julio y considera que debe ser la piedra sobre la que se asiente el resurgimiento nacional: “Menéndez Pelayo prepara la nueva época de resurgimiento nacional, y hoy podemos hablar, gracias a él, de un pensamiento español”³². El intelectual santanderino era pieza fundamental en la partida que se andaba jugando: cómo ocupar el lugar hegemónico en la ideología del Estado.

XI. No quiero cerrar la presente enumeración y breve descripción de libros en los que Menéndez Pelayo es recreado y revisitado, sin mencionar el interesantísimo capítulo que Gonzalo Torrente Ballester dedica a Menéndez Pelayo en su *Literatura Española Contemporánea (1898-1936)* (Madrid, Afrodisio Aguado, 1949). El sabio y gran escritor gallego, muy bien avenido por aquellos años con Laín, Ridruejo, Tovar y Rosales, limita su propósito a un sucinto repaso de las ideas estéticas de don Marcelino, tras citar unas palabras del libro de Laín Entralgo, que le llevan a concluir que “ellas bastan para que cualquier juicio sereno le discierna la elevada jerarquía, la especial consideración que su nombre goza”³³.

Sin duda es complejo y seguramente poco afortunado desde un punto de vista académico, pero para el lector que disponga del equipaje de los libros que he mencionado, emerge un denominador común: en la inmediata posguerra –y aun con aguas que venían de antes– se producen continuos intentos de convertir a Menéndez Pelayo en ancla primera de la conciencia española, y sostén y base de unas maneras de entender la cultura española.

Por ello, y pese a lo temprano de la fecha (1943) debo poner sobre el tapete la otra cara de la moneda. Y la otra cara tiene unas raíces en las que no puedo ahondar aquí y ahora, pero cuyo principal valedor fue

³⁰ *Ibidem*, p. 116.

³¹ Rafael Calvo Serer, *Teoría de la Restauración*, p. 18.

³² *Ibidem*, p. 219.

³³ Gonzalo Torrente Ballester, *Literatura Española Contemporánea (1898-1936)*, p. 103.

don Américo Castro, que leyó a Menéndez Pelayo al margen de clérigos y eruditos acartonados, como estudioso de la tradición española que no sólo conocía de simpatías por inquisidores, antiilustrados y carlistas. Amparado en esa recta lectura de don Marcelino, Guillermo de Torre da a la luz en Buenos Aires –recuerdo, 1943– en la serie “Cuadernos de la Cultura Española” y haciendo compañía a libros de Rafael Alberti, Ricardo Baeza, Luis Jiménez de Asúa, etc., un pequeño tomito titulado *Menéndez Pelayo y las dos Españas*, donde escribe a propósito del auge no desinteresado, y del rescate, recuperación o restauración de la obra de Menéndez Pelayo:

“Si en la España franquista apenas –dejo este margen por innato sentido de la generosidad, no por otra cosa– hay literatura original, de enjundia, se dan, en cambio, abundantemente las “recuperaciones”. Están a la orden del día las mascaradas retrospectivas en todos los órdenes, vistiéndose, en lo intelectual, con los nombres de “rescates”, “restauraciones”, “recuperaciones”... Es decir: aquellas gentes tienden a la exaltación desmedida de figuras del pasado, remoto o próximo, en las cuales pretenden buscar entronque al actual delirio “imperial”. Lógica –y desdichadamente–, una de las figuras sobre las que viene cargándose el acento con mayor tesón, para dichos fines, es la de don Marcelino Menéndez Pelayo. Vemos, de esta suerte, cómo en los últimos años se multiplican las antologías de sus escritos –tendenciosamente amañadas, como en el caso particular de una *Historia de España*, con fragmentos entresacados de sus obras, por Jorge Vigón–; cómo inténtase reanudar oficialmente la publicación de las *Obras completas* –sin por ello hacerlas más asequibles económicamente, llevándolas al público en general, más allá del consabido círculo de estudiosos–, y surgen aquí y allá panegíricos, menudeando su nombre, inclusive en los diarios”³⁴.

Para el excepcional crítico e historiador de las vanguardias el auge que adivinaba en 1943 de la personalidad de Menéndez Pelayo tenía como contrapartidas los descréditos de 1812, de la revolución del 68, de la República del 73 y de la República del 31. La recuperación de don Marcelino y su pensamiento era, a su juicio, la constatación de la división inconciliable en la historia contemporánea de España. Pero le asaltaban las dudas a cerca de que esa fuera la médula del pensamiento del maes-

³⁴ Guillermo de Torre, *Menéndez Pelayo y las dos Españas*, Buenos Aires, PHAC, 1943, pp. 33-34.

tro y su pregunta retórica guardaba sentido: “¿Puede realmente considerarse la obra de Menéndez Pelayo como una expresión absoluta de tal tendencia?”³⁵.

El esfuerzo de Guillermo de Torre puede parecer un ejercicio de poco calado más de largo medio siglo después, sin embargo no debemos dejar caer en el olvido que su atención a los aspectos más permeables del ideario de don Marcelino en relación a Valera, Galdós o Clarín era una toma de postura, era una ética-estética histórica. Valga como botón de muestra la siguiente anécdota que relato sin la menor intención de elevarla a categoría histórica o política.

Guillermo de Torre a buen seguro había leído en el *Epistolario de Clarín* de 1941 la anotación de la carta de Menéndez Pelayo a Clarín del 8 de abril del 98 a propósito del “bueno de X” en una controversia poco elegante con el Senado al fondo. Anota Adolfo Alas:

“Nos abstenemos de dar el nombre de este sectario, en atención a que, desde los primeros momentos del Movimiento Nacional, se apresuró a presentar sus respetos y testimoniar su absoluta adhesión a nuestro ilustre Caudillo”³⁶.

Dos años después la carta se reproduce en el *Epistolario* de 1943. La nota de Adolfo Alas es más explícita en cuanto a la filiación ideológica del personaje X:

“Vive actualmente X –y viva aun muchos años– olvidado y sin duda arrepentido de su krausismo de antaño, por lo que, y por contar con nuestra sincera estimación, juzgamos oportuno omitir aquí su nombre”³⁷.

Sepan ustedes que la X, el oscuro krausista arrepentido es Rafael Altamira. En efecto, todo tiene aire de “confesiones de este tiempo”, que alumbran una pequeña, minúscula parte, de los entusiasmos por don Marcelino, martillo de herejes y de precursores, oficiantes y discípulos de la poderosa fuerza secreta que había motivado un libro ignominioso publicado en 1940 en San Sebastián, y que precisamente se abría con dos paratextos de Menéndez Pelayo, definiendo la Institución Libre de Enseñanza. Cito el primero:

³⁵ *Ibidem*, p. 36.

³⁶ Menéndez Pelayo, Unamuno, Palacio Valdés, *Epistolario a Clarín*, p. 30.

³⁷ Marcelino Menéndez Pelayo y Leopoldo Alas (Clarín), *Epistolario*, p. 110.

“Necesario era mostrar claro y al descubierto el misterio eleusino que bajo tales monsergas se encerraba, el fétido esqueleto con cuyas estériles caricias se ha estado convidando y entonteciendo por tantos días a la juventud española”³⁸.

III

Cuando estalla la guerra civil, Menéndez Pelayo es propiedad ideológica, o al menos así lo creen, del nacionalismo autoritario de *Acción Española*. El catolicismo intransigente también le ha tomado como bandera. Al acabar la guerra civil (y en el seno de la misma: Valladolid, Burgos, Pamplona) Menéndez Pelayo responde como expresión de la conciencia española, de la verdadera y única tradición, y, a la vez, su personalidad es dique y bastión contra el pensamiento liberal (de Giner de los Ríos a Ortega). Son notables las expresiones de don Marcelino descalificando el krausismo y la Institución Libre de Enseñanza, pero más notable es comprobar como ese aspecto de su obra se enfatiza una y otra vez en la década de los 40. Lo hacen los herederos del nacionalismo católico, pero no son menos significativos los silencios o las descalificaciones procedentes de los intelectuales falangistas. El tema es poliédrico, sin embargo un perfil importante es el que ofrece la pugna entre el sector *serranista* -Laín, Ridruejo y Tovar, básicamente- y el nacionalismo católico heredero de *Acción Española* a propósito de la interpretación y recuperación “recta” de Menéndez Pelayo. De esta pugna habla tempranamente la emboscada que Ridruejo, Tovar y Laín tendieron para evitar la reedición en los últimos meses de la guerra de la *Historia de España* que Jorge Vigón había preparado en 1933. Las memorias de Eugenio Vegas Latapie, correligionario del ministro de Educación Nacional, Pedro Sainz Rodríguez, son expresivas y creíbles, cuando transcriben una carta al ministro (finales del 38) en la que se dice:

“¿Hasta cuándo Pedro? ¿hasta cuándo? ¡O es que resulta que no tienen importancia las ideas y los libros y que tanto da Menéndez Pelayo como Ridruejo!”³⁹.

³⁸ *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza*, San Sebastián, Editorial Española, 1940, p. 7.

³⁹ Eugenio Vegas Latapie, *La frustración en la victoria, 1938-1942*, Madrid, Actas, 1995, p. 106. Ha desarrollado el tema Francisco Morente, *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 172-174.

Siendo esto así, quisiera completar mi relato con notas que ayudaran a comprender cómo se “apoderó” de don Marcelino la Falange de finales de la guerra civil y la que construyó parte del Estado franquista de los años 40. Y para ello nada mejor que echar mano de un filólogo, que completó su formación en Alemania, Antonio Tovar.

Sus dos más cercanos compañeros, Pedro Laín y Dionisio Ridruejo lo retratan y lo evocan siempre como un intelectual. Laín, en febrero de 1942, dice haberle conocido en Valladolid en 1937 –“Venía Antonio Tovar de cumplir su servicio en la brava estación de radio vallisoletana, envuelta en un capote su ascética figura de novicio ibérico, nervioso y soñador”⁴⁰– y le caracteriza haciendo “su historiografía desde el corazón”⁴¹. Por su parte, Ridruejo en *Casi unas memorias* (1976) le recuerda también el Valladolid del 37 (tantas veces ficcionalizado por Francisco Umbral) y afirma categórico: “su estatura intelectual estaba a todas luces a cien codos por encima de la media”⁴².

He elegido dos recuerdos que remiten al año 37 porque en sus alrededores se fraguan las primeras publicaciones de Tovar, quien años antes había compartido ideales filosocialistas y conocía bien –créanme- la obra de Miguel de Unamuno. Allí, en el Valladolid del otoño del 36, edita como folleto anónimo *El Imperio de España*, que reimprimirá con firma en la revista *FE. Doctrina Nacional Sindicalista* en los números de mayo y junio del 37. Es la primera cala en la relación de Tovar con la obra de Menéndez Pelayo.

Las dos ediciones responden –el propio Tovar lo confiesa- a una labor de propaganda:

“Falange en la aurora del nuevo Imperio español, se esfuerza en hacer llegar al pueblo la tensión y la dignidad del Imperio, que es conciencia de deberes hasta en el último miembro de aquel pueblo llamado a la dignidad imperial”⁴³.

⁴⁰ Pedro Laín Entralgo, *Vestigios. Ensayos de crítica y amistad*, Madrid, Epesa, 1948, p. 404.

⁴¹ *Ibidem*, p. 408.

⁴² Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 76.

⁴³ Antonio Tovar, *El Imperio de España*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1941, p. 10. El libro de Tovar cuenta con una excelente descripción y un penetrante análisis de Ismael Saz Campos, *España contra España*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 204-216.

Sueños imperiales, que como reza el epílogo, son sueños de vísperas: “De vísperas de Imperio que esta guerra civil nos trae”⁴⁴.

Con un tono exacerbadamente orgulloso –“Sobran en el mundo hispanistas que nos miran como nación muerta y llena de curiosidades”⁴⁵– y con ánimo de ataque y victoria, describe el Imperio español y su progresivo agotamiento. En la noche decimonónica de España, Tovar sostiene que –nótese la terminología unamuniana de *En torno al casticismo*– “sólo el pueblo español, en sus campos, guardaba oscuramente la continuidad de España”, al mismo tiempo que proclama el faro del nuevo destino imperial de España: “En esta noche, Menéndez Pelayo fue claridad en el amanecer de España”⁴⁶.

La única autoridad intelectual es la de don Marcelino, en un universo plagado de referencias a José Antonio Primo de Rivera.

En 1941, *El Imperio de España* vuelve a ver la luz, aumentado su texto con cinco conferencias: la primera, “La historia como sentido”, lleva fecha vallisoletana de 1937; las otras cuatro que tratan de la historia de España fueron dadas en el curso de música de la Sección Femenina de Falange en Barcelona, setiembre de 1939. Con alusiones a la primera parte de su libro, al *Discurso* de Ramiro Ledesma Ramos, a la *Defensa de la Hispanidad* de Ramiro de Maeztu y a *Genio de España* de Giménez Caballero, Tovar traza un relato histórico de España que como “falanquista incansable” debe transmitir, propagar. La esencia de la grandeza de España reside en la monarquía de los Reyes Católicos, en los ideales imperiales de Carlos V y Felipe II y en el alma de la contrarreforma, mientras que en la paz de Westfalia aflora la tragedia de España de modo irremediable”⁴⁷.

No es éste el lugar para examinar las ominosas notas con las que Tovar juzga los siglos XVIII y IX. En cambio, si es oportuno mencionar que cuando la cultura española estaba agonizante y la desorientación de España era casi completa, “apareció la figura de quien iba a ordenar el pasado de España y trazar la historia española con un estudio inigualado, Menéndez Pelayo, en plena época positivista, tuvo el valor de proclamar orgullosamente el pasado de España”⁴⁸.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 77.

⁴⁵ *Ibidem*, p. 12.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 75.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 152.

⁴⁸ *Ibidem*, p. 162.

¿Cuál es la posición del núcleo duro de Falange, de Antonio Tovar ante Menéndez Pelayo? La pregunta tiene su enjundia porque los párrafos de una de las conferencias barcelonesas del 39 marcan los hitos fundamentales desde los que acometerá la densa reconstrucción *La conciencia española* (1948).

En primer lugar, los falangistas no sienten veneración por don Marcelino, en el sentido de afirmar que su obra es un compendio del saber humano. En cambio, reconocen que ha sido el más hondo historiador, el que mejor ha descubierto nuestro pasado. Así en 1939 escribe:

“El fue el descubridor gigantesco de nuestro gigantesco espíritu nacional, y cuando exaltaba a Lope o a los teólogos o hasta a los herejes españoles exaltaba el alma de la contrarreforma, que era el alma de España.

España no tuvo, antes de Menéndez Pelayo, una conciencia histórica clara. Fue él, algo tarde, quien dio con ese romántico *Volksggeist* que había sido el de España. Y sólo de este modo España pudo comenzar a levantarse. Por Menéndez Pelayo, por primera vez en nuestra historiografía, España adquiere conciencia de sí”⁴⁹.

Mientras en la antología del 48 precisa:

“Le interesaba a Menéndez Pelayo esta idea de la raza, del suelo, de la continuidad misteriosa de un pueblo de historia larguísima; pero lo que él quería buscar –y en esto no cabe duda de que palpita en él el anhelo de la historiografía romántica– era la continuidad espiritual, el alma, el *Volksggeist*, en una palabra. ‘Bastante habré conseguido –escribe, una vez entre otras muchas (*Ensayos de crítica filosófica*, 21)– si alcanzo a mostraros en un caso concreto la persistencia y continuidad de la tradición en el pensamiento ibérico, la posibilidad, por tanto tiempo disputada, de marcar sus principales direcciones y trazar su historia a través de muchos siglos”⁵⁰.

Y en segundo lugar, Tovar se esfuerza en señalar que los quehaceres de Menéndez Pelayo están circunscritos a un espacio y un tiempo, pese a indicar, en 1939, que “la sombra de Menéndez Pelayo estaba presente en los sublevados del 18 de julio”⁵¹. Con ademán sensato y maneras de

⁴⁹ *Ibidem*, p. 162.

⁵⁰ Marcelino Menéndez Pelayo, *La conciencia española*, p. XXXV.

⁵¹ Antonio Tovar, *El Imperio español*, p. 163.

historiador académico, Tovar reconstruye, en 1948, la idea que Menéndez Pelayo se forma de España como historia cultural (la reconstrucción es minuciosa y rigurosa), y de ella deduce la insatisfacción que le inspiraba su presente. Ahora bien,

“Menéndez Pelayo era un hombre de su tiempo, y sería inútil ir a pedirle en sus tiempos el desgarró y la violencia pasional que no guardamos en los nuestros. Bien que sintió la amargura del 98, y si en este punto no nos sirve de maestro tanto como nos quieren decir, no se puede negar que sintió más que nadie la estrechez y el ahogo de la vida española de entonces, y de ello recogemos testimonios más que suficientes. Lo que si negamos es que esta actitud de Menéndez Pelayo pueda servir de modelo ahora, o mejor dicho, que haya podido servir hace algunos años. Ahora, los problemas son otros y el tiempo dirá lo que se puede y se debe hacer, y si es posible todavía una esperanza española con generosidad, ambición y nobleza”⁵².

He ahí una de las claves de la lectura de Menéndez Pelayo que lleva a cabo Tovar. Menéndez Pelayo es reconstruido en su ambiente, en sus coordenadas espacio-temporales. No puede resultar modélico su pensamiento político, pero, en cambio, es necesario para conocer la historia cultural de España, para que los españoles tengan conciencia histórica. La operatividad política contemporánea es agua de otro cauce.

En 1948 la densidad del trabajo y un cierto, atemperado, desencanto respecto a las posibilidades de Falange en el seno del nuevo Estado, envuelven mejor la gráfica afirmación de setiembre del 39:

“No critiquemos a D. Marcelino porque se conformó con vivir entre los muertos. No podía hacer otra cosa. Pero a nosotros lo que nos corresponde es luchar para resucitar lo mejor de aquellos muertos, para reerigir lo mejor de aquellas ruinas, para regenerar lo mejor de aquella España que fue.

Por eso nos hemos vestido nuestro uniforme, hemos renunciado a muchas cosas, nos hemos sometido a una disciplina. Por eso pedimos una voz de mando. Para eso, en una palabra, nos hemos hecho de Falange.

⁵² Marcelino Menéndez Pelayo, *La conciencia española*, pp. XVII-XVIII. La contraposición acción y dique que juega el pensamiento de Menéndez Pelayo en la década de los 40, exigió la replica de Calvo Serer, quien escribe: “Esta teoría [la teoría política nacional] era tan válida en 1940 como lo fue en 1931, y lo sigue siendo en 1949.” (*España, sin problema*, p. 125).

Ha llegado el momento de que nuestras ruinas no sean ruinas y de que nuestra historia se convierta en órdenes”⁵³.

Dicho de otro modo: el conocimiento, la conciencia histórica ha podido apoyarse siempre en la obra de Menéndez Pelayo. Las órdenes emanaban de Falange, emanaban de la ardorosa pasión del nuevo régimen, al que Antonio Tovar sirvió durante dos décadas. No es otra la historia. Tovar incluso puso de manifiesto en su antología la permeabilidad y la tolerancia de don Marcelino ante la imposibilidad de imponer la utopía de la unidad católica frente al Estado liberal. Ahora, y el ahora son los largos y oscuros años 40, la transigencia y la tolerancia eran desde la teoría y la práctica de los falangistas un error.

La sombra del pensamiento falangista de Tovar es alargada. En 1953 -28 de febrero- siendo rector de la Universidad de Salamanca, pronuncia una conferencia en la tribuna “José Antonio” de la Guardia de Franco. El título es sintomático, “Lo que a la Falange debe el Estado”. Tovar, el filólogo Tovar (suyo es el “subterfugio sintáctico”⁵⁴), el camarada Tovar, defiende la hegemonía falangista (el manejo de la prensa, una economía desdeñosa del librecambismo y una valoración inteligente de los valores intelectuales), dejando bien claro que los falangistas “no estamos para volver a esos tiempos de Parlamento, de los partidos, de democracia; son tiempos que ya no interesan”⁵⁵.

Diez años después (a partir de diciembre del 62), Antonio Tovar fue el crítico literario habitual de *Gaceta Ilustrada*. Una de sus primeras reseñas trata de la obra de Vicente Cacho Víu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, Rialp, 1962). El tono es diametralmente opuesto. Las lecciones del excelente libro del profesor Cacho Víu le han llevado a reflexionar (el sueño de la razón produce monstruos) sobre “el largo drama de los encuentros de nuestro país con la realidad”⁵⁶.

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ
UNIVERSITAT DE BARCELONA

⁵³ Antonio Tovar, *El Imperio de España*, p. 163.

⁵⁴ Tomo el sintagma del agudo comentario de Gregorio Morán, *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, Barcelona, Tusquets, 1998, p. 386.

⁵⁵ Antonio Tovar, *Lo que a la Falange debe el Estado*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1953, p. 12.

⁵⁶ Antonio Tovar, *Tendido de sol. Crónica literaria de 1963-1964*, Santa Cruz de Tenerife, Romerman, 1968, p. 19.

